

DOÑA BLANCA DE NAVARRA,

ESPOSA DE SANCHO III EL DESEADO.

I.

El sabio y prudente monarca que según el merecido juicio de propios y extraños supo gobernar á sus súbditos con dulzura y bondad, vencer á sus enemigos, consagrar sus cuidados á la exaltacion de la santa creencia, reprimir severamente el vicio y engrandecer sus estados, haciéndose digno del título de Emperador con que se distinguió durante su vida y que le ha conservado la historia, al llegar al límite de su vida humana, mas atento al paternal cariño que á las lecciones de la experiencia, dividió la monarquía castellana-leonesa entre sus dos hijos Sancho y Fernando, dejando al primero en Castilla y en Leon al segundo; príncipes que si lograron mantener durante su vida la fraternal armonía que tanto les recomendó su glorioso padre, no podían impedir, que á la muerte de cualquiera de ellos, se reprodujesen las fatales turbulencias de reinados anteriores.

Rápido fué el de Sancho III, conocido por EL DESEADO: tan deseado al decir de un cronista, por lo mucho que tardó en nacer y lo poco que tardó en morir¹. Solo un año y un día ocupó el trono desde el 21

¹ El arzobispo D. Rodrigo.

de Agosto de 1157 en que murió Alfonso VII hasta fines del propio mes de 1158 en que le arrebató la muerte.

Sin embargo de tan escaso tiempo de ejercer la soberanía, dió claros indicios de las altas prendas que le hacian digno sucesor de su padre; engrandeciendo aquel corto reinado la derrota del rey de Navarra, cuyas ambiciosas pretensiones encendieron la guerra, llevándola hasta el corazon de Castilla; el tratado de paz que se ajustó entre ambos monarcas, aragonés y castellano, y la defensa de la plaza de Calatrava amenazada por los almohades, defensa que dió origen á la famosa órden militar de caballería, que tantos dias de gloria alcanzó en las guerras contra los infieles.

Brillante porvenir parecia reservado á Sancho III, que para colmo de ventura estaba unido á una muger angelical, y de tan extraordinaria belleza como acrisolada virtud. Blanca era su nombre, y parecia escogido de propósito para indicar la pureza de su alma: iris de paz habia sido entre dos naciones enemigas y hermanas; y hasta su muerte fué triste origen de futuras prosperidades, pues perdió la vida al darla á otro sér, que andando el tiempo habia de ceñir la corona y cosechar nuevos laureles en los campos de batalla, venciendo á los invasores sarracenos.

«El desposorio de D. Sancho con Doña Blanca se trató cuando menos se esperaba; pues estando los reyes de Navarra y Castilla para dar una gran batalla de poder á poder, cuando todo el teatro amenazaba los últimos rigores de Marte, ofreciendo á la vista no solo lanzas y espadas, sino rios de sangre; entonces de repente se transformó el bastidor de guerra en el de paz, el de Marte en Himeneo, sonando ya no las cajas funestas, sino las apacibles voces de desposorios, con cuyo lazo se unian los ramos de la Oliva, que introdujeron en el campo los mediadores de la paz, D. Alonso Jordon (primo del Emperador, que pasaba á Santiago de Galicia) y los obispos de Calahorra y Tarazona con el abad de Nájera¹.» Así reforzó el autor de las memorias de las

¹ Florez, citando á Moret.

Reinas católicas el origen de aquel dichoso enlace, cuya promesa terminó en efecto en la concordia de Calahorra, la guerra ya declarada, y próxima á encenderse entre el emperador y el rey de Navarra D. Garcia. Muy niña era todavía Doña Blanca cuando tuvieron lugar estos acontecimientos (Octubre de 1140), por lo cual se dilató el matrimonio hasta el de 1151, en que algunas escrituras espresan ser el año en que D. Sancho recibió por muger á la hija del monarca navarro¹; y el verdadero amor que con sus atractivos y virtudes logró inspirar al castellano rey fué tan profundo y verdadero, que al decir de muchos historiadores habia de decidir de su futura suerte.

Hermosa y tan blanca, que segun la inscripcion funeraria de su tumba, excedia su color al de la nieve: tan candorosa y pura como tierna y caritativa, mereció tales y tan justas alabanzas, que en frase de un antiguo escritor, «con ser tan grande el rey, hijo del «emperador, le realzaba el ser marido de tal esposa, cediendo en «alabanza del rey la que merecia la reina.»

Así es que todos los pensamientos de D. Sancho encontraban eco digno en el corazon de su régia esposa, que, como deciamos con diverso motivo en el prólogo de esta obra, le devolvía su amorosa pasion, entibiada dulcemente al trasmitirla á través del fanal de su ternura.

Pero cuando mas halagüeño sonreía el porvenir á los jóvenes y régios esposos, temprana muerte arrebató á D. Sancho su digna compañera, perdiendo su existencia la nieta del Cid y de Gimena Diaz al dar á luz un hijo, llamado por la Providencia á hacer brotar con vigor nuevo los gloriosos laureles alcanzados por sus ilustres ascendientes, el conquistador de Valencia, y los dos Alfonsos VI y VII que de su mismo nombre le precedieron².

El pesar que tan irreparable pérdida produjo en el monarca es

¹ Facta Santa in Calafurra III Kal. Febr. quando Sancius filius Imp. accepit uxorem filiam Regis Garsie... Era 1180. Maurique, tom. 2. pág. 191. Sandoval cita otra de la misma era.

² Doña Blanca era hija, como en el texto se dice, de D. Garcia Ramirez VI de Navarra, el cual á su vez habia nacido de D. Ramiro y de Doña Elvira Diaz del Vivar, hija esta última del Cid y de Gimena.

indescriptible. No mas volvió á estrechar el lazo del matrimonio tan á deshora roto por la muerte con muger alguna, y apenas trascurridos dos años, bajaba á unirse con ella eternamente en su último sueño.

II.

En la *cueva* ó capilla adyacente al panteon real de Santa Maria de Nájera, consérvase una curiosa urna sepulcral en la que la naciente *imageneria* de la época, dejó marcado con vigoroso pero inexperto cincel, el tierno recuerdo de la profunda pena que á D. Sancho produjo la muerte de su esposa. En aquel fúnebre monumento mandó el rey esculpir un bajo-relieve, representando á Doña Blanca sobre un lecho fúnebre y en sus últimos momentos, viéndose cerca de aquella triste escena el monarca, que entregado á su profundo dolor, y no pudiendo resistir tan ruda prueba cae desmayado en brazos de sus áulicos. Grupos de damas demostrando tambien el mismo sentimiento ocupan el resto de los lados del sepulcro, viéndose en el mas próximo, á Doña Sancha Garcés, esposa de D. Gaston, vizconde de Bearne á quien sostienen en su dolorosa aficcion dos damas de la corte; y una palmera, que divide por la derecha el grupo de mugeres, recuerda el simbolismo de los primeros tiempos de la cristiandad, expresando ideas de renacimiento en otra vida y de felicidad eterna ¹.

A pesar del rudo é infantil procedimiento de estos relieves, con sus figuras enanas, sus desproporcionadas cabezas, sus prominentes ojos, sus ropages marcados con torpe timidez, hay en todas ellas tan varia y tan verdadera expresion de dolor, especialmente en la del rey que manifiesta un sentimiento profundo de reconcentrada pena, que bien claro se revela en ellas la del monarca que mandó erigir el sepulcro y la del artífice que lo labraba, esculpiendo en la piedra el pesar de un pueblo entero.

¹ Algunos autores ven en la palma ó palmera unida con la víd la figura simbólica de Jesucristo: *ego sum palmites*.

El arte en aquel siglo mas que en ningun otro, era el fiel espejo donde se reflejaba el sentimiento popular, y por eso en los relieves del sepulcro de Doña Blanca, labrados con tan ingénua expresion de verdad, vemos representado no solo el dolor del rey, sino el del pueblo, que tanto amó siempre por sus virtudes á la malograda Doña Blanca.

En el estrecho zócalo ó faja inferior de aquel monumento funerario, leianse estos versos, copiados por el cronista Sandoval, que formaban el mas cumplido elogio de las altas prendas que engrandecieron á aquella ilustre reina de Castilla ¹.

NOBILIS HIC REGINA JACET, QUÆ BLANCA VOCARI
PROMERUIT: PULCHERRIMA SPECIE, CANDIDIOR NIVE
CANDORIS PRÆTIUM FESTINANS, GRATIA MORUM
FEMINEI SEXUS HANC DABAT ESSE DECUS.
IMPERATORIS NATUS REX SANCUS ILLI
VIR FUIT, ET TANTO LAUS ERAT IPSA VIRO.
PARTU PRESSA RUIT, ET PIGNUS NOBILE FUDIT:
VENTRIS VIRGINEI FILIUS ASSIT EI.
ERA MILLENA, CENTENA NONAGESIMA QUARTA,
REGINAM CONSTANT OBISSE PIAM.

Consérvanse todavía algunas letras de esta inscripcion.